

DE BUENAS LETRAS

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Laboratorio verbal para los días del jinete coronado

Fiel a mi compromiso anual con la Biblioteca Universitaria y su concurso de relatos, me sitúo en mi escritorio dispuesto a hablar de algo que tenga que ver con la narrativa breve, pero cierro los ojos, hago un primer esfuerzo mental y solo me fluye escribir de la ciudad muerta, fantasmal, calles desiertas, silencio frío, vidas ocultas, terrores enanos, miedos invisibles, luces moribundas, postergación infinita, angustia y desconcierto, ansiada solución del suicidio... Ay, el suicidio, la eutanasia, tiro en la nuca, aguja en el corazón, cuerno en la femoral, clavo en el centro del cráneo...

Y digo: basta ya; tiro el lápiz y trato de buscar inspiración en otros rincones no de la mente sino del escritorio, y acuden a mí un cúmulo de historias: los delfines que hablan, o el terror alojado en la garganta, o un amor con espinas, o la presión del sombrero en la nuca, o las ojeras negras y el paisaje, o la joven de ojos violeta, o la balada del rico comerciante de té. Pero qué son todas estas historias, en las que el sentido de cada una de ellas, cuando colisionan entre sí, se transforman en sinsentidos, los cuales, si queremos, pueden ir perfilando un nuevo sentido, que revertirá sobre los sin-

sentidos dejados en la cuneta, que vuelven a recuperarse en una operación de convertir el caos en una historia con un final feliz o un terremoto.

Y advierto que he construido un discurso sobre fragmentos ajenos, en realidad sobre escombros aunque muy dignos, desechos aunque muy limpios, pero que al fondo de la escombrera se ve un punto luminoso, algo con lo que guiarse cuando asalta el desorden de la escritura en su forma más distorsionada, y entonces llego a entender que estoy produciendo una escritura cuyo principio constructivo se constituye en el caos, en el más absoluto caos, que todo lo disuelve, lo estruja, lo destruye, lo descoyunta, lo asesina, lo entierra en cal viva, pero al mismo tiempo lo resucita, lo recompone, lo acaricia, lo amamanta, lo adora, lo abraza, en suma, sin perder nunca el horizonte del caos. Y así al final surge una esperanza, una luminaria que no significa nada, un gran mensaje vacío, donde podemos escribir lo que queramos, aunque esa escritura solo dure en el muro unos segundos de vida volcados al azar...

Y este, Rocío, es mi único discurso posible... ahora; si acaso algo más extenso.